

Los tamales

Kalisto (1894)

Nos faltaba que después de proveernos los yankees de tantas cosas que nosotros podríamos producir, se metieran a ta-

maleros y nos importaran sus imitaciones, en cajas de lata herméticamente cerradas, con medallas de exposiciones y la le-

yenda American...s tamal. Atrás, atrás, en eso sí que sería yo proteccionista de nuestra cocina patria.

Los únicos tamales que me gustan son los que se hacen en política, porque siempre traen gato encerrado. Algunos han sido preparados con mucha anticipación y al deshojarlos huelen muy mal, resultan acedidos; y lo peor que tienen es que, en ocasiones, en vez de ser de chanchito, son... de pestilente zorra.

Kalisto

¡Vivan los Plum pudings centroamericanos! Yo espero siempre ansioso los viernes y los sábados, y cuando en las primeras horas de la noche oigo a los chiquillos gritando —¡los tamales! el corazón me salta de alegría, y apronto los cinco, y las cinco pías del tenedor de Adán, para saborear la especialidad más especial de nuestra cocina criolla.

Es verdad que así como a veces suele suceder que es más el ruido que las nueces, en ocasiones son más las hojas que los tamales; pero siempre en el fondo de la masa hay concentrada una partícula de chanchito, aun cuando sea un huesito, y con ello debe uno darse por satisfecho.

No es posible hablar de los tamales sin hacer una mención honorífica de la Escoba, no la que redactaba el castizo y simpático Proaño, que tanta falta ha hecho en estos últimos tiempos para barrer la abundante basura y el polvo que hemos tenido, sino Tomasa Escoba, que fue mujer un tiempo hermosa, e insigne tamalera.

Para tamales la Puebla, los sábados en la noche; nunca he concurrido ahí, en ahorro de discordias conyugales y de tener que habérmelas con la policía; soy testigo de oídas y aconsejo a mis lectores que tampoco vayan, yo sé por qué.

Un casamiento sin tamales sería poco americano; decídele a uno de los varios en ciernes que cuándo comemos los tamales y de seguro entenderá que le preguntáis cuándo es el día de la boda. Los tamales de casamiento tienen una preparación más esmerada que la de esos que pululan por las calles, y suelen ser de *chompipe*. Nunca he podido averiguar por qué los tamales son el plato obligado de los almuerzos de casamiento. Una vez que me hallaba en uno de ellos, le pregunté a mi compañero *ad latere*, quien me dijo: las hojas son las ilusiones que se hacen a un lado; el tamal abierto es la realidad desnuda, la novia es la masa, el novio es el *chompipe* y la suegra es el huesillo intragable que a veces se atraganta.

Cuando se trata de invitar a una reunión de confianza, es conveniente limitar el convite a tomar unos tamales; en ello hay modestia, con servirlos se ha cumplido a poco costo, los comensales no hallan déficit, y todo lo demás que se obsequie es un *superávit* de la invitación.

El hombre busca lo desconocido y ama el misterio; por eso se estiman los tamales, porque son misteriosos mientras no estén desliados, deshojados y abiertos; los compramos atenidos a la buena fe del vendedor, expuestos a que nos dé gato por liebre, pero también arriesgamos que el contenido de ellos supere nuestras esperanzas.

La Estrella de Panamá, haciendo referencia al *Bulletin* de San Francisco de California, dice que en Nueva York se ha establecido una gran fábrica de tamales, rellenos de pollo; que todas las noches los venden en las calles de aquella gran metrópoli un numeroso cuerpo de individuos uniformados, quienes los anuncian en altas voces y los llevan en lujosos azafates, y que los tamales estaban muy en boga en la sociedad neoyorquina.

¡Atrás las falsificaciones!! Los yankees no tienen cordelillo vegetal para liar los tamales, ni hojas de plátanos en que envolverlos; además, es una falta de vergüenza que hagan tamales, porque éstos son de origen indígena y los hijos de Jonatás destruyeron las rozas aborígenes que poblaban aquel suelo.